



El escritor como la mala conciencia de la sociedad

Cuando hablamos del escritor como la mala conciencia de la sociedad lo hacemos partiendo de una realidad; en este caso de la realidad de la sociedad salvadoreña. El Salvador es un país subdesarrollado, con condiciones de vida infrahumanas y gobernado por un estamento militar determinado por circunstancias de vasallaje a una clase económicamente poderosa y ésta, dependiente de los intereses imperialistas norteamericanos, especialmente.

Los escritores tenemos responsabilidad en la sociedad que nos ha producido, no somos ajenos a ella, no podemos tomar nuestro oficio como mera evasión o que se tuera nuestra obra como evasión de la realidad. Ninguna obra en ningún sitio o sociedad que la produce es evasión, siempre tiene algún contacto con la realidad y por ello mismo está evolucionando algo de esa sociedad o punto geográfico. Ante esta situación no importa que la literatura sea o no comprometida de manera inmediata, que de alguna forma lo está, pues nos debemos a determinado contexto y éste no está hecho de una sola actitud sino de varias. Según las circunstancias, los matices varían, pero siempre, en todas las sociedades, el escritor es la mala conciencia de la sociedad.

Cuando afirmamos que el escritor está comprometido con el medio y así debemos ser transformados, no queremos decir que la solución a esta problemática está en que el escritor tome un arma de fuego y se vaya a las guerrillas, sino que exista su oficio de escritor y con su obra enfrente esa realidad y cuestione la situación de sus conciudadanos, por que la literatura es eso: un des-

acuerdo con el medio; producto de ese desorden. Lo que pasa es evidente a la sociedad. Ya que hacer cultura en países incultos como el nuestro también es de héroes y guerrilleros, sobre todo cuando los condiciones crean que son los únicos que tienen las soluciones de estos países y muestran o quieren mostrar a nuestras sociedades a la total vanidad. De esto también se desprende que también es el "aspecto de la revolución, el hombre de acción es una vanguardia, para el intelectual, y es el plano del arte, del pensamiento, de la investigación científica, el intelectual es una vanguardia para el hombre de acción". Si creamos claros en este problema que se nos plantea a los señores del Tercer Mundo, no tendremos complejos de no participar en la lucha armada, en la guerrilla, pues si somos auténticos creadores, seremos guerrilleros internos, que es tan difícil como empreñar las ancas de fuego, pues "en el campo de la imaginación, se precisa ser tan aguerido como en el campo de batalla".

Si afirmamos que el escritor es la mala conciencia de la sociedad, no lo hacemos en el sentido de llegar a una meta, el escritor nunca llega a ninguna meta, ni en el sentido del lenguaje, porque el poder y debe usar las palabras para revelar y no ocultar, porque está fuera de toda enajenación burocrática, "ser" de la logomaneja del poder, del fetichismo de que sólo la acción guerrillera es una posibilidad y no la palabra. Claro, la acción guerrillera es la única solución para llegar al poder y desde ese poder transformar nuestras condiciones económicas y las superestructuras políticas y sociales, pero como el escritor no lleva el poder, es decir, el mando, porque el verdadero escritor

no es el que aspira a ser conuario de cultura en un futuro gobierno revolucionario, sino a pensar de que la sociedad ha alcanzado un mayor desarrollo económico, un bienestar aceptable, el escritor sigue siendo la mala conciencia que no está conforme y por lo tanto subvertirá con su obra. Siempre será el escritor el que detecta todos los males de un medio y necesariamente tendrá que ponerlos en evidencia; esa es su justificación para existir como tal.

Lo anterior no está muy claro en nuestro país, así como en otros países de América Latina. Al escritor se le exige acción, se le critica o se le glorifica o se le propaganda, pero se le prohíbe que haga uso de la palabra, que es la razón de su existencia. El escritor debe tener conciencia y luchar en sus condiciones, de que él tiene el pleno derecho de usar el lenguaje que mejor convenga a su libro, y ese derecho, el escritor tiene que ganarlo y pelear por él con su obra. Esto equivale a "ponerlo todo en tela de juicio, caso por caso y momento por momento; esa es la única manera de participar en la historia", y como el lenguaje es un "desacato sin tregua y en todos los órdenes, desde el más íntimo hasta el más público", hay que tirarlo en la cara tanto a la minoría que detecta el poder como a la mayoría impotente, que ambas son estas dos categorías de nuestra actual sociedad. Esto de luchar nuestras palabras a estos dos bandos siempre sucederá, siempre será así en cuanto el auténtico escritor, el artista, es el eterno inconforme, o el eterno opositor a lo establecido. Pero esta actitud es valerosa en cuanto el verdadero creador está inmerso, complicado con su ambiente. Acma, acmándose, sabiendo salvándose. No es el que está desde un púlpito prego-

nando puzos que no tiene. Un marxismo que afirma que esto sólo es malo y no bueno, por lo tanto, sugerir nada bueno. O esto es bueno y no tiene nada de malo. No se trata sólo de malos y de buenos. De puzos y de impuzos. Como se trata de darle plenitud al hombre, necesariamente se tiene que hablar de sus grandezas y miserias.

Al hacer uso del lenguaje sin ningún antecesor, nos pondrá en capacidad de gobernar la palabra para ponerla en evidencia ante la realidad, o poner la realidad en evidencia ante el falso lenguaje oficial, con el que luchan de adentro el espíritu siempre inquieto de los hombres.

Incluso, que aunque lleguemos a la más perfecta sociedad, el escritor siempre tendrá que ser el inconformista, siempre será por ello la mala conciencia; siempre tendrá una actitud maligna: complacer a los que se creen muy puros, muy rápidos; sacarles a relucir su mala leche. Y esto funciona mejor en nuestros países, aunque el oficio de escritor sea casi increíble, ilegal, para la sociedad. Si antes este oficio se ejercía a escondidas por miedo a la breña o temor de ser rechazado por aquella, hoy hemos asumido esta responsabilidad con una clara visión, sabemos que es dura por fantasmagórica para la mayoría de "buenos" y "malos" creadores, pero nos defende por permitidos cuestionar la realidad de una injusta sociedad; por ello, los que buscan la pureza, la buena conciencia, el alma pura, los que quieren refugiarse en ella, tendrán para su bien o para su mal, que entrar en las filas de los malditos de la conciencia.

(Pase a la página 6)

FECHA DE PUBLICACIÓN

1969

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Escritor como la mala conciencia de la sociedad [artículo].

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile